

Reseña



La sociedad derrotada*

Alejandro López Gallegos**

Sería plausible decir que desde principios de la década de los ochenta las ciencias sociales mexicanas han tratado de interpretar la realidad de nuestro país con dos conceptos aparentemente divergentes: *crisis* (véase González Casanova y Aguilar Camín, 1985) y *democracia* (véase Cordera, Trejo y Vega, 1988).

Creo que es desde este punto de vista según el cual debemos valorar el libro de Sergio Zermeño, *La sociedad derrotada*. Dividido en tres partes (“Desidentidad y desorden”, “Estado y política” y “Acción política y conductas colectivas”) esta obra nos ofrece, por un lado, un análisis sociológico de la crisis en México y, por otro, un análisis de las condiciones sociales para cualquier posible transición a la democracia en este país.

En efecto, el autor analiza la crisis en México a partir de una revisión de la matriz interpretativa que permea prácticamente toda la historia de las ciencias sociales occidentales desde su nacimiento: según esta matriz, a partir del siglo XVIII, los procesos de modernización (el avance científico-técnico, la industrialización, la urbaniza-

* Sergio Zermeño, *La sociedad derrotada: el desorden mexicano del fin de siglo*, México, Siglo XXI/Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, 241 pp., ISBN 968-23-2009-7.

** Ayudante de Investigación en el Área de Sociología de la Cultura del Departamento de Sociología de la UAM-I.

ción, etcétera) conducen, en las sociedades en que se desenvuelven, a procesos de modernidad social (mejoramiento de los niveles de vida, constitución de actores sociales fuertes, fortalecimiento del sistema político-electoral y producción de conductas democráticas en distintas esferas de la vida social y no sólo en la política, entre otros).

Zermeño señala que en México existe una dialéctica perversa entre modernización económica y modernidad social: la primera se realiza a costa de la segunda. Tenemos así, en nuestro país, una *crisis de modernidad* que se expresa como una ausencia de actores sociales colectivos que puedan imponer, frente al Estado, sus propios ritmos de desarrollo social. Así, para nuestro autor, los procesos de urbanización y la industrialización del país que se produjeron entre la década de los cuarenta y la de los ochenta, a diferencia de lo que ocurrió en los países capitalistas avanzados, no condujeron a la constitución de una clase obrera sólida con organizaciones sociales fuertes, ni a la constitución de un verdadero mercado interno basado en una clase media pujante, ni a una verdadera burguesía nacional emprendedora.

Para él no se trata simplemente de que, en México, el mecanismo que convierte modernización en modernidad se encuentre afectado por “elementos extraños” que impiden su cabal funcionamiento, pues siendo así bastaría con emprender las reformas necesarias para llegar al “cielo” de la modernidad.

Se trata de que esa relación inversa entre modernización y modernidad se ha vuelto constitutiva del México de fin de siglo.

Es extensa la literatura que se ha ocupado de analizar las políticas económicas implementadas por los gobiernos de Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari. Para Zermeño lo relevante es que, para llevar a cabo el modelo neoliberal, era necesario poner en marcha políticas que desmantelaran el sistema político corporativo y las instituciones estatales de participación, no sólo económica sino también social. Así, se puso fin a la política de subsidios y demás compensaciones económicas con el fin de desincentivar la producción de productos no competitivos, además de privatizar las empresas públicas para atraer capitales, evitar situaciones de competencia desleal y disminuir el déficit fiscal; por otro lado, se produjo el abatimiento de los salarios para atraer capitales tentados por las posibilidades de ganancia. Adicionalmente, se desalentó la organización sindical y la acción reivindicativa de los trabajadores.

Esto, nos dice Zermeño, significó la destrucción de *intermediaciones sociales* claves en la reproducción de los grupos colectivos en México. Por ello, la mejor manera de caracterizar el funcionamiento “normal” de la sociedad mexicana, producto de la modernización neoliberal, es con el concepto de *anomia*. La anomia es la extrañeza de los actores sociales en sus relaciones mutuas, la ruptura de los vínculos afectivos entre ellos, que

se expresa en una incapacidad de nombrar el entorno social y valorativo; la *pérdida de sentido* sobre la vida propia y el mundo circundante que genera un desvanecimiento de los límites sociales y morales de convivencia, lo cual está en la base de conductas asociales que contribuyen a reforzar la producción de anomia.

Así, el Estado asume una función central de *control social* que se puede definir de la siguiente forma: “*actuar preventivamente desalentando o francamente desmantelando la constitución de identidades sociopolíticas alternativas que puedan volverse inmanejables o que puedan exigir al Estado compensaciones y subsidios que malogren la agilidad que el reordenamiento requiere*” (p. 46, la cursivas son de Zermeño).

Esta tarea del Estado es estratégica para la continuación de la modernización neoliberal. No es un aspecto pasajero, lo que nos indica que, dentro de la modernización neoliberal, el Estado adquiere una *centralidad* que parece ir a contracorriente de los “intuicionismos” propios de los teóricos liberales que abogan por estados adelgazados y que intervienen poco. Si esto pudiera expresarse en una fórmula, sería la siguiente: el Estado deja de intervenir en la economía y deja de intervenir en el sistema político, para intervenir cada vez más en lo social. Se trata de una fórmula equívoca, porque parece no expresar otra cosa que lo dicho en el mismo discurso oficial: el Estado dedica cada vez más recursos a la política social. Por supues-

to que lo que queremos decir, siguiendo a Zermeño, es que la centralidad estatal dentro del modelo de dominación ya no se da en la intervención en la economía ni en el manejo autoritario del sistema político, sino en la desestructuración de los intentos de autoorganización que se producen en el seno de la sociedad.

De la constatación de esta centralidad el autor elabora tres problemáticas: en primer lugar, esa centralidad tiene una explicación histórica: en México la concentración del poder social y político en un centro localizable (el Estado) es una tendencia presente a lo largo de la historia. Esa centralidad histórica del Estado expresa la debilidad de la sociedad para producirse y reproducirse a sí misma, por la fragilidad de las relaciones sociales. En México no se ha podido desarrollar un *orden social* legitimado en la propia inercia social, producto de la reproducción de un tipo dado de relaciones sociales. En otras palabras, nunca ha existido una *estructura social integrada* según el modelo de las sociedades capitalistas avanzadas. Lo que ha existido históricamente, dice Zermeño, es la oscilación entre el desbordamiento del orden social, por la irrupción de levantamientos populares-plebeyos, y el mantenimiento de un orden social asentado, no en la inercia social sino en el dominio autoritario de un poder político central: el Estado.

En segundo lugar, esta tendencia macrosocial, histórica, produce un contexto, una matriz, en donde la acción

social adquiere una *lógica* específica que Zermeño denomina, con cierta deses- peración, la “matriz sociocultural de la mexicanidad”: todo intento de actuar colectivamente, es decir, de afirmar unos intereses específicos y de buscar su realización porque representan bienestar para quienes los sostienen, se convierte inmediatamente en acción política. Esto es, todo intento de buscar la realización de intereses tiene que apelar al Estado pues en un país como el nuestro éste se presenta como la única instancia que puede resolver y satisfacer intereses. Pero, precisamente porque el Estado mantiene el monopolio de la representación de intereses (debido a la debilidad histórica de los actores sociales para representarse a sí mismos), todo intento autónomo de representar intereses es percibido por el Estado como un desafío al poder. Así se produce una *lógica* perversa: el actor social tiene que actuar mediante una progresiva acumulación de fuerzas (alianzas con otros actores colectivos) para adquirir un poder tal que el Estado no pueda ignorarlo, pero tampoco destruirlo; el Estado, por su parte, cuestionado en su propia legitimidad, apunta a la destrucción del actor colectivo “sublevado”. En pocas palabras, la acción social se vuelve inmediatamente acción política: no hay posibilidad de intentar una autoorganización social, porque, en cuanto surge, todo intento de este tipo tiene que plantearse la cuestión de cómo enfrentar a la fuerza estatal que impedirá, casi seguramente, ese esfuerzo de autoorgani-

zación social. Esta es la base para explicar el fenómeno que Zermeño llama *buropolítica*: debido a esta *lógica* de la acción social, a esta necesidad de confrontarse inmediatamente con el Estado, las dirigencias de los movimientos sociales tienden a ser cooptadas por el Estado, quedando integradas en la burocracia estatal.

En tercer lugar, la centralidad histórica del Estado mexicano, y la *lógica* de acción social que deriva de esta centralidad se expresan, durante el periodo de la modernización neoliberal, como una reformulación de la alianza social que sustenta al Estado mexicano posrevolucionario. Los rasgos más llamativos de esta nueva alianza son la expulsión de la clase obrera organizada como pilar y beneficiario de la alianza estatal, y la inclusión de los intelectuales dentro de ella.

El autor de *La sociedad derrotada* señala que la urgencia de incorporar a los intelectuales en la nueva alianza estatal fue, en buena medida, producto del ascenso del cardenismo en las elecciones de 1988. El cardenismo significó la posibilidad de identificación entre el mundo de los excluidos (el de la anomia social) y capas importantes de la población integrada; representó la posibilidad de una alianza popular-radical con los sectores ilustrados de la sociedad mexicana.

Según él, para el modelo neoliberal era estratégicamente necesario disolver la posibilidad de tal alianza. Durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari se

logró dicho objetivo mediante el establecimiento de canales privilegiados de comunicación entre el poder y los intelectuales, mediante el otorgamiento de compensaciones económicas y, finalmente, mediante el otorgamiento de prestigio a través de la aparición en los medios de comunicación.

La inclusión de los intelectuales en la alianza estatal implica, para el autor, la separación entre acción social (los intentos de autoorganización social que llevan a cabo los grupos sociales de manera autónoma) y la acción política (en el sentido restringido de participación en el sistema político a través de los partidos). No sólo la separación, sino la *privilegización* de la segunda forma de acción como la única forma de acción legítima para intervenir en el proceso de toma de decisiones. En opinión de Zermeño, éste es un mecanismo esencial para la dominación, pues permite aplicar, de una manera que se quiere legítima, todo el aparato estatal para desmembrar los intentos sociales de organización autónoma.

En este contexto, el escritor que nos atañe se pregunta por las posibilidades de superación de la crisis. Las respuestas que ofrece son variadas y complejas. En primer lugar, si el mecanismo de dominación central es la separación entre acción social y acción política, la mejor manera de superarlo es tender puentes entre ambas. No se trata de reproducir

el fenómeno buropolítico, sino de establecer una alianza pragmática, no doctrinaria, entre las organizaciones sociales que luchan por organizar autónomamente su vida cotidiana, y las asociaciones de ciudadanos integrados, o representados en la forma de partido, que luchan por la modernización del sistema político, la transparencia de las elecciones y el equilibrio de poderes. Esa alianza debe ser la tumba del fenómeno buropolítico. Aquí se haya el planteamiento más sutil de Zermeño: no es nada más la separación entre acción social y acción política lo que genera una lógica de dominación, sino que la acción política (en su sentido restringido) es considerada como la *única* acción social legítima. En este sentido, la superación del fenómeno buropolítico requiere dos cosas: el reconocimiento de la autonomía entre la lógica de la acción política y la lógica de la acción social y, por otro lado, el reforzamiento de la lógica de la acción social, lo que Zermeño llama, la lógica de lo comunitario.

BIBLIOGRAFÍA

- González Casanova, Pablo
y Héctor Aguilar Camín (coords.)
1985 *México ante la crisis*, Siglo XXI, México.
- Cordera, Rolando, Raúl Trejo
y Juan Vega (coords.)
1988 *México: el reclamo democrático*,
Siglo XXI, México.